

LA PRIMERA DOCTORA MEXICANA.

I



El hermoso despertar intelectual de la mujer mexicana, ha conmovido profundamente mi corazón. Un acto tan solemne como trascendental se ha verificado en la memorable fecha del 25 de Agosto, fecha que el sexo femenino debe grabar en sus anales con indelebles caracteres.

En la Escuela Nacional de Medicina acaba de realizarse un glorioso torneo, un pugilato científico en el que se ha proclamado como axioma indiscutible, el vigor del pensamiento en el cerebro femenino.

¿Sabeis quién ha sido la heroína del palenque? Matilde Montoya. ¡Qué triunfo para la mujer mexicana!

Matilde Montoya ha escalado un puesto reservado á los sabios; ha destruido antiguas preocupaciones que encadenaban á la mujer mexicana en la oscura senda de la retrogradación; ha conquistado la gloriosa bandera del progreso, para que su sexo la enarbole. El birrete doctoral es superior á una corona de laurel. ¿Hay algo más grande que poseer el secreto del organismo humano? ¿Sabeis cómo ha llegado la inteligente mexicana á tan alta cima? Consagrando once años de su vida al estudio; once años que representan en una mujer toda su juventud. ¿Sabeis cómo ha ganado el diploma que tanto la enaltece? Desoyendo las sátiras de la ignorancia y los augurios de los pesimistas, hollando con firme planta los abrojos encontrados en su paso, luchando enérgicamente contra la tenaz oposición de sus enemigos, venciendo arduas dificultades, desafiando el imposible.

Matilde Montoya ha trocado la perfumada atmósfera del *boudoir* por los fétidos miasmas de un hospital; ha desgarrado el pajizo guante para teñir su nívea mano con lasangre del herido; ha trocado el *bouquet* por el escalpelo, el espejo por la repugnante plancha del anfiteatro, las guirnaldas de Flora por los aforismos de Galeno.

Tantos sacrificios, tanta abnegación, tanto valor moral, tienen por objeto el laudable fin de consagrar sus aprovechados estudios al sexo hermoso. Matilde Montoya acaba de introducir en la medicina el pudor; acaba de prestar un importante servicio á la humanidad. Al consagrarse á mitigar los dolores físicos de las mujeres y de los niños, adquirirá con éstos una confianza que el médico no podría nunca adquirir, y le será más fácil el diagnóstico sobre los enfermos. Los secretos de la mujer sólo á ella pueden ser revelados; el indescifrable idioma del niño, sólo la mujer puede adivinarlo, porque la mujer estudia al pie de la cuna el alfabeto especial que se necesita para comprender á la inocencia. Los rosados dedos de la mujer podrán curar más suavemente las heridas del niño, que la dura mano varonil. El mejor anodino, la más grata panacea, el más dulce antídoto, se lo ofrecerá la mujer con su acariciadora mirada.

¿Quién puede conocer la delicada hiperestesia de la mujer y el niño cual la doctora?

La irritabilidad nerviosa femenina tiene misterios que sólo puede penetrar una mujer. Esas tristezas injustificadas, esos caprichos raros, esas displicencias, irregularidades del carácter y vagas melancolias frecuentes en nuestro sexo, llegan á formar un estado morboso que no escapa al espíritu observador de la mujer, porque encuentra el germen de la enfermedad en sí misma.

Os felicito, tiernas madres, no sólo porque contais desde hoy con una doctora, sino porque el Gobierno, al presidir el examen de Matilde Montoya, ha colocado la primera piedra en el imperecedero monumento de la ilustración del sexo femenino, ha hecho una brillante apoteosis de la mujer mexicana.

II

Desarrollar la ilustración de la mujer, es realizar un fin más elevado que el político, económico ó industrial, porque es educar las futuras generaciones. El Gobierno de México, tan ilustrado como moralizador, lo ha comprendido así, y por eso le ha dado á la mujer, con el título profesional, un escudo para que pueda defenderse de la miseria salvando su honra. El ilustre General Díaz, que está llevando á cabo felizmente las grandiosas obras del desagüe del Valle y de la Penitenciaría, podrá enorgullecerse más que de éstas, de haber redimido á la mujer de la esclavitud de la ignorancia. ¡Bello ejemplo digno de ser imitado por todos los Gobiernos! ¿Os habeis detenido á medir, señoras mexicanas, el alcance que tiene la presencia espontánea del Presidente de la República y del Ministro de Gobernación, en el examen de la doctora? Al presidir dicho examen el jefe superior del Estado, en la forma en que lo hizo, os quiso demostrar, que

más que á rendir tributo de galantería á una mujer, iba á franquearle al sexo femenino las puertas del templo de Minerva.

Ya lo sabeis; se os concede ampliamente el derecho de ilustraros, y no podreis renunciar á este derecho sin faltar á un sagrado deber. No llegan los pueblos á la cumbre del progreso mientras la mujer no se asocia á la vida intelectual del hombre. Las mujeres mexicanas, que son tan buenas madres, deben saber que no basta darle al niño la vida física, sino que es preciso darle la vida moral. Los errores que la madre inculca en el cerebro del niño, son los que vierte más tarde el hombre en el libro, en el periódico, en la tribuna.

Ya que un Gobierno protector de la instrucción os facilita los medios de ilustraros, aprovechad esos medios, encantadoras mexicanas. La ilustración que defiende á la mujer pobre de la miseria, salva del hastío á la rica.

El progreso es en México una verdad desde que la emancipación intelectual de la mujer quedó sancionada con el aplauso del Presidente de la República y con el aplauso de los estudiantes de las Escuelas Nacionales. Los estudiantes representan todas las clases sociales, y son los que forman el voto popular.

Mas no será suficiente que el Gobierno se muestre tan favorable á la instrucción de la mujer, mientras no le ayuden á desenvolverla doctas corporaciones particulares.

En Inglaterra hay numerosos Institutos fundados por el esfuerzo individual; lo mismo que en Rusia, Austria, Alemania y Suecia. En Escocia citase entre otros centros de instrucción, el muy famoso llamado «Saint Georges Hall,» y en España, además de otras de menor importancia, existe hace quince años la «Asociación para la Enseñanza de la mujer,» sociedad perfectamente organizada según puede verse en sus Estatutos y en la Memoria anual que presenta tan importante centro. Hasta hoy cuanto se ha hecho en México por fomentar la instrucción de la mujer, débese al Gobierno en absoluto, pues todavía no ha creado la iniciativa individual los establecimientos de enseñanza superior, que indudablemente se fundarán más tarde.

Cuanto más se medita acerca de las ventajas que ha de reportar en nuestro sexo la instrucción, más se comprende la necesidad de que éste se ilustre. Si todas las mujeres fuesen ilustradas no habria hombres ignorantes, porque se avergonzarían de serlo.

Estudiad, bellas mexicanas, que el estudio eleva el espíritu. En la mitología griega, una mujer, Minerva, es la depositaria de las ciencias; en la teogonía azteca, la poética diosa Xochiquetzal preside á las bellas artes. Todas las mexicanas poseeis clara inteligencia, cultivadla. Tened fe en el éxito, recordad constantemente el ejemplo que vuestra ilustrada compatriota os ha dado.

III

La mujer está perfectamente organizada para dedicarse á las ciencias médicas. Hoy cuentan los Estados Unidos del Norte con más de quinientas doctoras en ejercicio. Desde la más remota antigüedad viene demostrando la mujer su aptitud para la ciencia de curar.

Isis entre los egipcios, y Lucina, Medea y Circe entre los griegos, poseían la ciencia de Esculapio, sirviéndose de ella para prolongar la vida de los mortales.

Las mujeres de Argos estudiaban botánica y tenían completos herbarios.

Las mujeres druidas sobresalieron de tal modo en la medicina, que la superstición llegó hasta atribuirles el arte de curar lo incurable.

Los hebreos y los egipcios tenían comadronas, y en uno de los libros del antiguo Testamento encontrareis á Pucha y Sciphia salvando con sus conocimientos á gran número de niños.

Plinio y Galeno nos han revelado que en sus tiempos algunas mujeres ejercieron la medicina.

En la Edad Media, época en que no había brillado la aurora de la ilustración para nuestro sexo, las castellanas poseían remedios empíricos, que les permitían poner algunos apósitos á los galantes guerreros que se batían por ellas.

En la famosa escuela de Salerno desempeñaban las mujeres un gran papel. San Juan Crisóstomo refiere que después de haber sido desahuciado por varios médicos, una mujer le curó la enfermedad que padecía en el estómago.

Agnodice mereció por sus profundos conocimientos en medicina, que los atenienses revocaran para ella la ley que prohibía á las mujeres el ejercicio de tan noble profesión.

Una carta real del año 1520 concede una pensión diaria á una mujer que, á título de doctora, acompañó á Luis IX y su familia á las Cruzadas.

Cuando á Mme. Brees, que hizo un brillante examen en la Universidad de París, le ofrecieron la plaza de médico en el serrallo de Constantinopla, aumentaron el sueldo para ella.